

Gioconda Belli¹

Los casados

*Para la guerra sin cuartel que nos espera
no tengo otro arsenal
más que el amor.*

Nos lanzaron sin miramiento
al cotidiano oficio de querernos
al tiempo del lavado y del cepillo
a la espuma del baño
a las noches de almohadas compartidas
al espejo común
en que la desnudez rasga sin compasión
los velos del misterio.
Pareja humana somos
cuerpos de luz y de estropicio
de succulentas cenas e igualmente complejas
digestiones
Bajo las sábanas huele el sexo, el sudor, lo ingerido,
y en la mañana a veces
el vino duerme rancio en la boca asomado a los besos.
Esto y mucho más sobrevivimos
aprendemos el gusto de lo usado y sabido
el consuelo del gesto adivinado
las mañas, la manera de acomodarnos en la cama
los ruidos, los ronquidos incluso
el peso de los pasos cuando se va o se viene

¹ **Gioconda Belli.** Poeta, narradora, ensayista. Nació en Managua, Nicaragua en 1948. Se dio a conocer internacionalmente en 1978 cuando obtuvo el premio Casa de las Américas en Cuba, con su segundo poemario, *Línea de Fuego*. Vinculada con la lucha sandinista contra la dictadura de Somoza, tras el triunfo de la Revolución, incursiona en la narrativa. Ha recibido numerosos premios por su obra poética y narrativa. Es Vicepresidenta del Festival Internacional de Poesía de Granada, Nicaragua.

el sigiloso celo con que cada uno labra su trinchera
y protege su pequeña ventana donde mirar la luna
sin ser visto

Redondo es el círculo de la intimidad
y asombroso el arsenal del amor
que con fallidas piedras
erige su castillo
y lo defiende.

Los guijarros del día

Soy una. Solamente.

No puedo más que estar aquí.

Si fuera muchas podría hacer tantas cosas:

-manifestarme en Teherán

-protestar en Irak

-ser judía y exigir el estado Palestino

-ser Palestina y exigir el fin de los agravios

-ser Afgana y rasgarme la burka y arriesgarme a la lapidación

-ser norteamericana y exigir el control del lucro y la ambición

Pero soy una.

Sólo soy dueña de la patente de corso de mi patria minúscula

hacia allá encamino mis palabras como guijarros

mi amor grande e insuficiente para sus necesidades

mi ojos que salidos de mi órbitas viajan a recoger

paisajes que yo enjuago delicadamente

que alojo en la más luminosa zona de mi retina.

Tantos años llevo acumulando este país, comiéndomelo, rumiándolo,

llorándolo, abrazándolo, arrullándolo

Tantos años y siempre se me escapa,

siempre es más rebelde,

jóven díscolo que huele en la pega ilusiones que jamás se realizan.
Lo sigo por los mercados,
lo veo desarrapado, desalmado y sucio
pide y golpea después con el garrote al que se saca las monedas de la bolsa,
se para en las esquinas a decir los poemas más hermosos
y en la noche escupe veneno y mentiras, limpio y pulcro, tras los
micrófonos.

Bellas y desoladoras son las visiones
de este mapa de cristales cortantes.
Su azúcar me corroe la sangre.

Quisiera estar en tantas partes.
Pero soy una. Solamente.
Y solo tengo un saco de guijarros que cada día afilo,
pulo con mi aliento cargado de visiones
y desperdigo al viento.

Poder de la poesía

Invento el amor porque soy poeta
y las palabras son el palacio de humo
en el que vivo
en el que hago y deshago la realidad
invocando noches y mañanas exquisitamente inmóviles
en las que imagino que haciendo el amor
hago un mundo entero
océanos y bosques
y toda una generación de niños azules.

Yo invento las palabras para decir
te abrazo y subo sobre tus hombros
porque allí decidí poner la torre desde donde mirar

el paisaje verde que quiero hacer que exista
un paisaje de sombras y helechos gigantes
donde agazapados duendes mordisquean
hongos venenosos sin morirse
y vos me mirás con los ojos de un animal manso
que me ha jurado lealtad y
que me ve como el principio y el fin de todo.

Yo hago que tus manos se acerquen a mi cara
y acaricien apenas rozando el contorno más leve de mi oreja,
la barbilla, la nariz, el borde tembloroso con que mis labios
balbucean tu nombre,
y digo que tu boca cerque mi cuello y muerda
la delgada extensión de mis clavículas
y hago que mi piel se piense isla,
territorio de tus huellas de explorador
y digo que el agua te reciba
para que nadés en el cenote de mi gruta espesa
y que allí tu cetro me corone de reina, de diosa, de musa,
de única mujer flamígera, incendio,
que aspirando pronuncia el amor
desprovista de miedo, de modestia,
de toda sensatez.

Yo y mis palabras tomamos tu gesto más trivial
y lo alzamos como ofrenda de pan bueno
en el altar de las adoraciones.

Nada que hagás conmigo conocerá el desperdicio.
Yo lo tomaré, lo transfiguraré
y te ceñiré hombre que me has amado
con el laurel de los héroes
para que nunca duermas
para que despiertes y me ames

página tras página
hasta el día aciago
en que ardan en las Alejandrías
de la historia
las polvosas y antiguas
bibliotecas.